

APUNTES DE LA ESCUELA DE COMUNIDAD CON JULIÁN CARRÓN
MILÁN, 23 DE MARZO DE 2011

Texto de referencia: L. Giussani, "El sentido religioso", Encuentro, Madrid 2008, pp.43-55.

*El giovane ricco
Give me Jesus*

Quisiera empezar nuestro trabajo leyendo un e-mail que me ha enviado uno de vosotros porque es lo que desearía para mí al principio de esta Escuela de comunidad: sentir la urgencia que vibra en este amigo nuestro. «Cada vez me doy más cuenta de que en esta cuestión de la moralidad me juego la vida. Y nada de lo que hemos trabajado en los últimos meses me ha provocado tanto como esto, pues veo que es donde me bloqueo más frecuentemente, sobre todo cuando se dice que "parece algo banal, pero no es asunto que se practique con facilidad, porque somos proclives a permanecer ligados a las opiniones que ya tenemos sobre los significados de las cosas y a pretender justificar nuestro apego"».

Cuando he leído este capítulo he pensado en el chico que intervino la otra vez y que decía: «Qué bonito sería poder vivir esto que dice don Giussani, pero es imposible». Me he acordado de él porque al leer toda la parte que habla sobre el conocimiento, que no es posible si uno no tiene un interés, veo que mi problema es que no me interesan las cosas, que yo muchas veces delante de las cosas (pensaba además estos días en lo cansada que estoy), de manera instintiva, no estoy presente. Luego, en cambio, me he sentido reconfortada, porque al final dice que hace falta un trabajo, así que he dicho: «Si hace falta un trabajo, puedo conseguirlo». Pero después dice: «Para amar la verdad más que a uno mismo (...) es necesario realizar un trabajo», y ésta es la definición clásica de moralidad. Y yo pensaba: pero yo no sé quererme ni siquiera a mí misma, ¿cómo podré amar la verdad si en mí misma solo veo el límite, la instintividad? Repite esta frase que has dicho.

¿Cómo puedo amar la verdad si no entiendo ni siquiera qué quiere decir quererme a mí misma? Yo no sé decirte, Julián, si me quiero de este modo, no lo sé. La pregunta es: ¿cómo se libra uno de la falta de interés?

Podría describir todos los instantes de la vida en los que tenemos un sentimiento, es decir, siempre, desde que te levantas por la mañana. Lo que sucede inmediatamente es que uno adopta una postura, el corazón toma una posición ante el sentimiento, o sea, ante la reacción. En seguida se pone de manifiesto inevitablemente el deseo de felicidad que juzga el sentimiento y el estado de ánimo que tenemos. Y cuando dejo espacio a este trabajo, a este juicio que no es nada artificial sino que lo descubro en mí inmediatamente, entonces es cuando alcanzo una certeza y conozco. Menos mal que existe el sentimiento, así estoy obligado a preguntarme siempre qué es lo que quiero, qué es lo que deseo.

Pero –respecto a la primera pregunta– si tú juzgas como nos has dicho, ¿no es éste ya el primer síntoma del interés que tienes, de que no te basta cualquier cosa? El juicio sobre lo que me pasa es el disgusto de no ver en mí un interés.

Tenemos ingresada en nuestra planta una mujer a la que han encontrado metástasis en el cerebro. Un día, llega su hija, a la que yo no conocía, completamente angustiada: «Estoy buscando a mi madre, quiero hablar con el médico». Lo más impresionante es

que tuve que ir al tablón a ver quién era su madre, porque ni siquiera me acordaba de aquella mujer. Me quedé helada, porque me di cuenta de que aquella mujer no existía para mí mientras que para su familia lo era todo. Entramos en la consulta del médico y esta chica pregunta desesperada: «¿Cuánto le queda?». Y el médico le dice: «Unas semanas». Esta chica empezó a contar todo lo que estaba viviendo con su madre, y en ese momento empecé a preguntarme: «¿Quién es esta mujer que lo es todo para esta hija suya?» En ese momento, la enferma empezó a existir para mí; por la reacción que tuve delante de esta chica, he empezado a interesarme por la madre. ¿Qué me llevo conmigo de este episodio? Que el sentimiento que percibí allí, que nació en mí en ese instante, es la chispa que da comienzo al conocimiento, en el sentido de que, una vez que salí de la habitación, quise saber quién era esa mujer. El sentimiento, como dice don Gius, que puede ser de atracción o de repulsión, es una chispa, es decir, que en la vida no me da igual una cosa que otra, lo que prevalece no es el sentimiento sino el objeto que yo conozco, que es mucho más que lo que yo experimento.

Se entiende entonces que lo que le ha hecho interesarse por aquella mujer es el sentimiento que se ha despertado en ella por la presencia de la hija. Por eso, sin ese sentimiento nacido por el interés que tenía la hija, esa mujer habría seguido siendo para ella una desconocida. Esto demuestra que el sentimiento no es un obstáculo, sino un factor decisivo del conocimiento. El problema es si seguimos la chispa que provoca ese interés.

La semana pasada, un grupo de universitarios me invitó a cenar para discutir sobre la situación concreta de su universidad e intentar escribir juntos un manifiesto. Yo había tenido un día duro y estaba muy cansado, no tenía ganas de participar en aquella cena; así que llegué sin esperar nada, esperando terminar lo antes posible y largarme. ¿Qué pasó? Que llegué allí y me encontré con unos diez estudiantes amigos míos que me esperaban, habían preparado todo, había en ellos una espera y un deseo de no perderse la cena, de invertir todo aquel tiempo que podíamos vivir juntos sin perderse nada. Empezó la cena y yo seguía intentando responder esquivando los golpes y saliendo del paso, pero ellos me apremiaban, y me encontré en una encrucijada: o seguir quedándome “fuera” o dejarme provocar y seguir lo que estaba sucediendo allí con ellos. Entonces cambió todo, porque empecé a implicarme de verdad, en las discusiones, en el debate. Fue una de las cenas más bonitas a las que he asistido en mucho tiempo, hasta el punto de que al final escribimos el manifiesto como si fuera el primero que escribíamos.

Entonces, respondiendo a la primera pregunta: ¿cómo se ha despertado tu interés?

Yo creo que debido a dos factores. Uno: estuve delante de lo que sucedía allí, porque si hubiera censurado lo que tenía ante mí, no habría conseguido por mí mismo salir de mi falta de interés.

Si no estamos delante de lo que tenemos ante nosotros, lo único que nos queda es un esfuerzo titánico que muchas veces no conseguimos mantener. En cambio, si uno se deja tocar, arrastrar por lo que sucede, empieza a ser sencillo.

Y dos: no ha prevalecido lo que ya sabía, se ha introducido una sencillez que se ha convertido en una apertura cada vez más amplia.

Pero cuando la realidad se presenta difícil, ¿cómo se hace para mantenerse ante ella?

El otro día me tocaba turno de noche en la zona de terapia intensiva neonatal. En cuanto llegué, me dijeron que uno de los recién nacidos, un niño que estaba en la incubadora desde hacía tres meses, se estaba muriendo porque no le llegaba el aire al cerebro y sus pulmones no habían conseguido desarrollarse desde que había nacido.

Durante toda la noche procuré no mirar a aquel niño porque tenía miedo de no poder resistirlo, como dice don Giussani en un determinado momento: «Algo sucede, penetra en ese horizonte y produce inevitablemente y mecánicamente una cierta reacción, es decir, un estado de ánimo (...) Sucede algo que toca a la persona, que “mueve” a la persona: una emoción, una conmoción». Entonces, el dolor al ver a este niño, que en un instante había entrado en mi horizonte, me suscitó ese estado de ánimo, ese sentimiento. Me di cuenta de que había utilizado la razón de forma reducida. Ese sentimiento que me atormentaba y todas las preguntas que nacían ante ese niño me impedían acercarme a la incubadora donde dormía.

El dolor era demasiado incómodo, e inconscientemente seguía diciendo que no a una parte de la realidad que me provocaba. Hacia las cuatro de la madrugada, sin embargo, su llanto me atrajo como un imán, su presencia no me permitía permanecer indiferente, estaba en una cuna, con los ojos azules hinchados como si alguien le hubiera dado un puñetazo, e intentaba abrirlos. Permanecí allí mirándole, y me estalló en el corazón un dolor amargo, una necesidad de entender inmensa. Sin embargo, precisamente cuando le miraba, tuve que hacer cuentas con respecto a la verdad sobre mí y sobre él, como sigue diciendo don Giussani: «La moralidad es el deseo sincero de conocer el objeto en cuestión de manera verdadera por encima del arraigo que tengan en nosotros opiniones formadas o inculcadas con anterioridad». Es como si de repente hubiese enfocado. Mientras le miraba tuve que hacer cuentas con la verdadera experiencia razonable que me constituye en último término, que me libera siempre, que me hace ser más yo misma, que da sentido a mi vida, es decir, que soy una pobrecilla, pero que he sido amada eternamente. Y por eso, mirando al niño, sin eliminar nada, pude afirmar con certeza: en este instante, Cristo se inclina sobre mí nada y sobre tu nada, sobre nuestra pequeñez, porque existimos, porque vivimos. Nuestra consistencia es este abrazo continuo que no nos deja, que no nos abandona, que nos hace ser. Mi consistencia está en Su amor continuo, incansable, y en el silencio y la discreción más absoluta, este niño está llevando la Cruz de Cristo por mí. Pero, ¿por qué puedo estar así delante de él? ¿Por qué puedo permanecer ante todas las preguntas que me estallan en el corazón y no escapar? ¿Por qué puedo no borrar ni olvidarme hasta volverme cínica? Porque yo me he encontrado y me sigo encontrando con Cristo, que me quiere como yo misma no sé quererme y me permite no censurar ni olvidarme de las preguntas más profundas de mi corazón. Como sigue diciendo Don Giussani: «De hecho el hombre solo se mueve por amor o afecto. El amor que nos puede persuadir de realizar este trabajo (...) es el amor al destino de nosotros mismos, es el afecto a nuestro destino. Es esta conmoción última, esta emoción suprema, lo que persuade e incita a la virtud verdadera». Es ese amor por mí el que me aclara y me hace transparente que la muerte o enfermedad de ese niño no es el fin, como yo no soy el fastidio que me producen mis límites o mi pequeñez, sino que nosotros dos somos ahora relación con Alguien que nos ama. Lo único que me permite mirarme verdaderamente a mí misma y a aquel niño es Su contemporaneidad, exactamente como tú decías en el encuentro del día 26 de enero: «Nadie consigue mantenerse por sí mismo en la actitud adecuada a la que le ha abierto el encuentro con Cristo». Por eso, la única respuesta a nuestra fragilidad es que permanezca Su presencia. Desde hace varios días pienso en aquel niño, cada segundo: en vez de desear no pensar en él, me conmuevo, porque es la posibilidad de hacer memoria otra vez de que Cristo se está inclinando sobre mí nada y no se olvida de Sus hijos.

No sucede solo cuando las cosas que tenemos ante nosotros son agradables, puede ser también algo que uno no puede siquiera mirar. Y cuando esto sucede, la razón se usa como medida: no consigo ver la realidad completa de lo que tengo delante, ni tampoco

de mí mismo. Hace falta una Presencia –y esto no nos lo damos nosotros mismos ante ciertas circunstancias–, una Presencia querida y amada, que yo no puedo eliminar cuando me encuentro ante estas cosas y que impide la victoria de la razón como medida. Y aquí siempre me viene a la cabeza una frase de don Giussani: «El corazón [...] es la condición para que la razón se ejerza sanamente. La condición para que la razón sea razón [para que esté abierta a la totalidad de esa realidad que tengo ante mí sin censurar nada] es que la revista la afectividad y, de esta manera, mueva al hombre entero». ¿Y qué puede revestir la vida entera con este afecto que permite afrontarlo todo? No es un mecanismo, es solo una Presencia que sea capaz de atraer mi vida entera de tal forma que, en su compañía, puedo mirarlo todo. Y esto, como ha dicho ella, no puedo hacerlo solo; tengo que volver a abrirme constantemente a la totalidad; nadie puede mantenerse por sí mismo en esta posición si no es porque Cristo vuelve a hacerse contemporáneo y nos permite estar delante de la realidad. Esto es lo que hemos vuelto a decir el 26 de enero: si no vuelve a suceder el Acontecimiento, sin una realidad que nos eduque, sin una presencia que nos salve constantemente de esa reducción, no miraríamos la realidad ni nos interesaríamos por ella. Por eso, la única posibilidad de salvar una razón así, un afecto así, es que nos veamos atraídos constantemente por una Presencia, que se vuelva tan familiar que nada nos pueda bloquear.

El domingo me sorprendió mucho en misa la lectura de la Samaritana, y por eso estoy aquí esta noche. Me sentí como la samaritana que deja su cántaro y corre a decir a todo el mundo lo que ha visto. Lo que me sucede es lo que has dicho tú, que solo una Presencia excepcional abre de par en par la razón y el sentimiento. Esto lo he visto en dos situaciones opuestas, una dramática y otra alegre, pero con denominador común. He sufrido una enfermedad que durante cinco meses me ha devorado no solo físicamente. Me he visto obligada a ceder a lo que sucedía en este drama. Ahora, en cambio, –después explico el sentido de ambas experiencias– me ha sucedido una cosa buena, que me llena de alegría en el trabajo. He experimentado lo que decimos siempre: que el método es la adhesión a la realidad tal y como es. Para mí ha sido la doble sorpresa de Otro que sucede y me hace mirar las cosas de siempre con ojos nuevos; es un período de gracia porque de verdad me siento invadida por esta Presencia que me desborda. Esto lo he entendido en los dos ejemplos que he puesto. Seguramente la más fuerte es la de la enfermedad, porque ha sido evidente de forma más dramática que yo no me hago a mí misma, pero ahora todavía más, porque aunque está empezando una nueva aventura laboral, me doy cuenta de que no es mía, sino que es un regalo de Otro que se hace presente. Otra cosa que me ha llamado la atención: aquí dice que «el amor que nos puede persuadir de realizar este trabajo (...) [porque de verdad es necesario traspasar la costra –como decíamos– de las opiniones] es el amor al destino de nosotros mismos». Yo pensaba en ello y decía: el amor a mi persona como destino es el amor hacia mí como deseo de responder continuamente a lo que Otro me pide, es la vocación, nada más que esto. Por poner un ejemplo de lo de traspasar la costra de la opinión, digo una última cosa que también ha sido un regalo en estos días: los encuentros más significativos de mi vida los he tenido a través de personas totalmente correspondientes, he sido muy afortunada, pero he empezado a ver también claramente la misma correspondencia en una relación no tan “inmediata” que, sin embargo, me está haciendo atravesar esa costra. ¿Por qué? Porque veo cómo esta persona está enamorada de verdad de Cristo y esto me obliga constantemente a tener que decidir. ¿Me paro o continúo? Pero si continúo y voy más allá no se debe a una capacidad mía sino a que veo en esta persona lo que yo deseo para mí.

¿Y qué es lo que hace que uno pueda no pararse e ir más allá? O, ¿qué permite que uno pueda afirmar algo sin que se convierta en una posesión suya? Y aquí volvemos a lo que decíamos al principio, que sin esta contemporaneidad es inevitable que yo afirme algo como posesión o que yo me pare. La cuestión es: ¿qué nos libra de este modo de poseer? ¿Qué hace falta introducir en la vida para que yo pueda relacionarme con la realidad liberado del deseo de posesión? ¿O para que no me bloquee ante el límite del otro? Esto es lo que cada uno tiene que intentar reconocer cuando sucede: ¿qué hace que no me bloquee?

Creo que el trabajo sobre las tres premisas se sintetiza perfectamente en la frase de san Pablo: «La realidad, en cambio, es Cristo», «todo es para bien de los que aman a Dios» y «una ganancia el morir». Me parece, de hecho, que el realismo es el reconocimiento de que la realidad, es decir, el objeto, es Cristo, y esto abre la razón; todos los factores de la realidad contribuyen al bien de los que aman a Dios para luego llegar al capítulo de hoy: morir es una ganancia, es decir, amar la verdad más que a nosotros mismos es una ganancia. De hecho, en la página 53 dice: «La regla moral (es): el deseo sincero de conocer el objeto en cuestión de manera verdadera, por encima del arraigo que tengan en nosotros opiniones formadas o inculcadas con anterioridad». Después habla de la distancia con respecto a uno mismo y del amor a nosotros como destino, condición para persuadirnos a realizar este trabajo. Es una premisa para contestar: ¿cuándo me he sorprendido reconociendo la importancia de la moralidad en el conocimiento? Tengo que partir de la experiencia que documenta más que cualquier otra en mi vida este trabajo de ascesis, es decir, mi matrimonio. Ante esta vocación no he podido nunca, gracias a Dios, leer la Escuela de comunidad y aprendérmela de memoria, o tomar prestado de otros el método, como dice la Escuela en la página 20, «el método para conocer un objeto me viene dictado por el mismo objeto». En este caso, el objeto es mi propio marido, su historia, su cultura, su país, sus gustos: belga e hijo de una cultura racionalista del norte de Europa, y yo, en cambio, enraizada en la tradición católica del Sur de Italia (con el agravante de estar “configurada” en cuanto al método por el encuentro con el carisma de CL). ¿Cómo pueden convivir dos mundos tan diferentes? Para explicarme me he tomado la licencia de coger un pasaje tuyo, Carrón, del libro Allargare la ragione, en la página 23. Partimos de que mi marido y yo somos de mundos distintos, nos conocemos y nos hacemos amigos y con esto empieza un camino que lleva a un conocimiento recíproco gracias a la disponibilidad por parte de ambos de ampliar la razón. Esto «no es simplemente un asunto privado, por muy edificante que sea. Tiene una dimensión más amplia que el perímetro de la relación entre nosotros dos», y más aún teniendo en cuenta que es una amistad conyugal... Nuestra experiencia «constituye una verdadera novedad en un contexto cultural que oscila entre el enfrentamiento y la indiferencia. (...) ¿Qué permite que seamos amigos estando históricamente determinados por tradiciones y culturas distintas? Es la presencia en cada uno de nosotros (...) de la misma experiencia elemental, (es) el corazón». En concreto, lo que ha brotado en nuestra relación es lo que don Giussani dice en la página 53: «El deseo sincero de conocer el objeto en cuestión de manera verdadera, por encima del arraigo que tengan en nosotros opiniones formadas o inculcadas con anterioridad». En cuanto a esto, os cuento un hecho como resultado de este trabajo, que creo que responde todavía más a la pregunta. El miércoles pasado teníamos Escuela de comunidad por grupos y mi marido me escribe un mensaje: «Viene también un amigo mío, hemos quedado y vamos juntos». Yo no le conocía, aunque mi marido me había contado que se habían conocido en el trabajo. Durante la cena cada vez me vi más sorprendida porque este amigo me

contaba cómo mi marido le hablaba del movimiento desde hacía algún tiempo y le había regalado El sentido religioso. Este amigo está hoy en esta Escuela de comunidad porque lo ha pedido él mismo... No me detengo en otros detalles importantes para sintetizar. Este hecho me ha sorprendido mucho, porque mi marido me ha testimoniado qué quiere decir amar la verdad más que a uno mismo, y esto habla de una apertura de la razón y de una lealtad con el propio deseo. Y a propósito de esto quisiera sacar a relucir algo entre nosotros dos, porque él me dice a veces: «Yo no veo a este Cristo presente, no sé qué quiere decir la contemporaneidad de Cristo». Pero en cambio, ¿qué hace? Invita a un amigo suyo a la Escuela de comunidad. Parece una contradicción. Esto me ha hecho reflexionar sobre mí misma, porque a veces el Señor actúa a través de mí y yo ni me doy cuenta, es decir, no Le reconozco. Te pregunto: ¿es tal vez una cuestión de método? ¿No es que a lo mejor, en vez de aplicar el método de la certeza moral, aplicamos el método racional, el de lo demostrable? Te pido, por favor, que vuelvas a la cuestión de la certeza moral.

Me parece que tu marido y tú ya sabéis lo que es la certeza moral. Entonces la cuestión no es repetir una definición, la definición la tenéis en el libro; el problema es que esta ampliación de la razón en vosotros dos es un reto para ti: «Yo no veo a Cristo presente». Tu marido tendrá que hacer su recorrido y tú el tuyo. ¿Qué sugerencia, qué indicación le puedes hacer para que pueda realizar este recorrido, de modo que él pueda encontrar en su experiencia algo que le facilite este reconocimiento? No es cuestión de explicar de nuevo el método, que ya lo sabes, sino de ponerse a usarlo. Es una hipótesis de trabajo para que cada uno pueda ponerse delante de la realidad y deje aflorar a través de esta experiencia, a través de esta realidad que vivimos, el reconocimiento de Cristo. Para esto hace falta un trabajo, hace falta una atención a la realidad, una capacidad de abrazar cualquier aspecto, cualquier destello que sirva para encontrar lo que se está buscando.

Vino a casa un amigo mío que se ha separado de su mujer hace algún tiempo y me dijo: «Me he dado cuenta, por el recorrido que he hecho, que entre mi mujer y yo no es posible la convivencia. Lo hemos intentado todo, nos queremos mucho, pero humanamente no es posible». Luego se detuvo —y parecía que había terminado— y dijo: «Humanamente no es posible, sin embargo, el recorrido que estamos haciendo, el trabajo que estamos haciendo me ha provocado tanto que me pregunto qué quiere decir, dado que yo he experimentado una correspondencia que me ha cambiado la vida. No puedo dejarla pasar». Esto ha suscitado un interés por conocer de qué estamos hablando, no podía detenerme, y ha sido la primera vez que no me salía decir: «Vale, no vale, deberías hacer esto, no deberías hacer lo otro», me encontraba ante algo totalmente nuevo. Dejo esto a un lado un momento para contar otra cosa que me sucedió en el colegio, luego te diré lo que he entendido. En el colegio —trabajo en primaria—, hace una semana y media un profesor de apoyo, que en los últimos años está de aquí para allá entre un colegio y otro, recibió las protestas de un grupo de padres, que pedían que fuera trasladado. Es verdad que se encuentra en una situación difícil y probablemente no es la persona indicada para este trabajo. Nos reunimos en la sala de profesores cinco o seis personas, entre ellas él, al que yo había juzgado como os he dicho, y mientras hablábamos dijo: «Mirad, yo puedo ir a trabajar a la biblioteca. Tengo cincuenta y dos años, estoy solo, no tengo a nadie, mi madre me llama todas las noches desde Sicilia y me dice: «Oye, ¿te ha pasado lo mismo esta vez?». No tengo ningún trabajo, no sé de qué vivir». En ese momento me pregunté: pero yo, que le he juzgado así hasta este momento, completamente segura del juicio que había dado sobre él, ¿de verdad me interesa su persona? ¿Qué tiene que ver conmigo lo que ha dicho? Lo que he entendido, Carrón, es esto: que si no se me volviera a dar en el presente el

impacto con una correspondencia, no podría superar mi opinión personal, que no solo es aproximativa sino a veces también inadecuada y totalmente desfasada. Y así no me liberaría.

Es así. Esto nos lleva al manifiesto de Pascua de este año, porque es precisamente la respuesta a lo que acabas de decir. Y lo entendemos aún más considerando lo que ha sucedido en Japón, ante lo que nos damos cuenta de verdad de quiénes somos y del alcance de lo que nos ha sucedido. Cuando vemos desaparecer todo en un instante, ¿qué significan nuestras opiniones tambaleantes y nuestras pequeñas preocupaciones? ¿Qué es lo que nos permite estar delante de una cosa así? Quisiera leer otra vez ese fragmento de la Introducción de *Educación es un riesgo*, que responde cada vez más a nuestra necesidad: «Me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella [una fe confirmada por la experiencia misma], que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella». Me viene a la cabeza esto porque, como hemos dicho otras veces, si nosotros no hacemos una experiencia de este calibre, si no encontramos en la experiencia la evidencia de sus razones, ante la enfermedad, ante el dolor o las circunstancias duras, ante aquello que no nos gusta, no somos capaces de mantener abiertos el afecto y la razón; hace falta que haya algo presente que nos atraiga y que nos convenza de esto. Y – como decías tú– únicamente en una experiencia presente encontramos la confirmación de su razonabilidad, del interés que tiene para la vida, pues si no, cualquier tsunami arrasa con todo. Por eso decía que no es suficiente una experiencia de la que tengamos luego que pedir la confirmación a alguien, fuera de nosotros. Esto me ha hecho ir a buscar la primera premisa, en donde don Giussani dice: «Si no partiera de mi propia indagación existencial [de la experiencia] sería como preguntar a otro en qué consiste un fenómeno que vivo yo [y esto sería tremendamente frágil ante el tsunami de la vida], lo que [...] vendría a suplantar un trabajo que me compete a mí». En este sentido, muchas veces nos dejamos llevar por la pereza, y pedimos a los demás que nos sustituyan en un trabajo que nos corresponde a nosotros, porque soy yo quien lo necesita y no se me debe ahorrar. Si eres madre o padre no puedes evitar a veces la tentación de ahorrárselo a tu hijo, pero el hijo necesita la evidencia de la experiencia que hace para poder estar en la realidad; y sin esta experiencia cualquier cosa le deja fuera de juego. Tenéis que pensar bien qué quiere decir querer así a otro, porque muchas veces intentamos suplir este trabajo que nos compete y entonces nos encontramos completamente alienados. ¿Pero cómo puedo yo experimentar esto en el presente? Ésta es la gran frase del Papa que encontraréis en el Manifiesto de Pascua, de su último libro: “Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo” (*1 Cor 15,14s*). La fe cristiana se mantiene o cae con la verdad del testimonio de que Cristo ha resucitado de entre los muertos. Si se prescindiera de esto, aún se pueden tomar de la tradición cristiana ciertas ideas interesantes sobre Dios y el hombre, sobre su ser hombre y su deber ser –una especie de concepción religiosa del mundo–, pero la fe cristiana está muerta. En este caso, Jesús ya no es el criterio de medida; el criterio es únicamente nuestra valoración personal que elige de su patrimonio particular aquello que le parece útil [el cristianismo sería tan solo un patrimonio de ideas acerca del hombre, del mundo, del que cada uno puede tomar lo que le guste o interese]. Esto significa que estamos abandonados a nosotros mismos [solos como perros: podemos seguir discutiendo sobre el patrimonio del cristianismo, sobre la valoración, sobre los valores, sobre distintas interpretaciones del cristianismo, pero abandonados a nosotros mismos]. En última instancia es nuestra valoración personal. Solo si Jesús ha resucitado [es decir, si se ha producido un hecho]

ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre. Entonces Él, Jesús, se convierte en el criterio del que podemos fiarnos. Pues, ahora, Dios se ha manifestado verdaderamente». Fijaos que aquí se pone todo en juego, y lo sucedido en Japón nos lo hace aún más evidente: si Cristo no ha resucitado, ¿qué queda de nuestras ideas más o menos geniales, de nuestros intentos? Estamos abandonados a nuestra suerte. ¿Pero cómo puede esto convertirse en experiencia? Como decías tú, a través de un encuentro presente. Pero tenemos aún la tentación de reducir el cristianismo a un patrimonio, y también el carisma puede correr este riesgo si es solo un patrimonio del que cada uno toma lo que le conviene. Se puede discutir de nuevo sobre las interpretaciones del patrimonio, pero estamos de nuevo abandonados a nosotros mismos: para perder el camino nos bastamos nosotros solos... Entonces la pregunta es si lo que nos ha sucedido, si lo que nos ha fascinado, puede permanecer presente, no solo como algo que uno ha aprendido como patrimonio, porque no se trata de que no sepamos lo que dice don Giussani. La semana pasada intervino una persona en una asamblea, y yo estoy absolutamente seguro de que sabe que el culmen de la razón es la categoría de la posibilidad, lo habrá repetido un millón de veces. Pero dijo: «Solo desde hace dos años creo que es posible verdaderamente la realización de mi persona», porque no basta empeñarse en la expresión, puedes hablar de la categoría de la posibilidad y estar persuadido de forma racionalista de que no puede suceder. De hecho el fragmento de don Giussani que hay en el Manifiesto es la respuesta a una pregunta que había hecho uno en una reunión del grupo adulto. En aquel período, don Gius, utilizando palabras de Finkelkraut, recalcó especialmente que el conocimiento es un acontecimiento. Y este amigo le preguntó: «Pero entonces, si se conoce solamente por el acontecimiento, ¿todo lo que yo he intentado aprender de lo que has dicho durante estos años, sobre lo que he intentado profundizar, es una jaula de “lo ya sabido” que me impide conocer?». Don Giussani le contestó que tenía razón, a menos que no ocurra lo que dice el Manifiesto: «El acontecimiento no se identifica solamente con algo que ha sucedido y que ha dado origen a todo, sino con aquello que despierta el presente, que define el presente, que da contenido al presente, que hace posible el presente. Lo que se sabe o se tiene se convierte en experiencia si lo que se sabe o se tiene es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo ofrece ahora, hay un rostro que se nos presenta ahora, hay una sangre que se derrama ahora, una resurrección que sucede ahora. ¡Fuera de este “ahora” no hay nada! Nuestro “yo” no puede moverse, conmoverse, cambiar, a no ser por una contemporaneidad: un acontecimiento. Cristo es algo que me sucede [ahora]. Entonces, para que lo que sabemos –Cristo, todo el discurso sobre Cristo [podéis añadir todo lo que queráis]– sea una experiencia, es necesario que esté presente, de modo que nos provoque y nos toque: es un presente [¡atención!] como lo fue para Juan y Andrés. El cristianismo, Cristo, es exactamente lo mismo que fue para Juan y Andrés cuando iban detrás de Él; imaginad cuando se dio la vuelta, ¡cómo les impresionaría! Y cuando volvieron a su casa... ¡Siempre ha sido así hasta ahora, hasta este momento!». Si no es así hasta este momento, el cristianismo ya ha comenzado a ser un patrimonio que nos deja abandonados a nosotros mismos y que no es capaz de cambiarnos. Por eso toda la moralidad se juega ante el presente, ante la modalidad con la que Él me atrae, me fascina, me provoca. Y entonces todo es sencillo, basta la sencillez de corazón, es decir, ser verdaderamente nosotros mismos (en vez de partir de la imagen que tengo de mí mismo).

Y éste es el siguiente punto de la Escuela de comunidad. Si lo que queremos entender es el sentido religioso, y el sentido religioso es una experiencia que se da en nosotros, el punto de partida es partir de nosotros mismos. Pero no de nosotros mismos, de nuevo,

como introspección, como algo “ya sabido”, sino de nosotros mismos en acción, para sorprender los factores que emergen en la experiencia. Porque solo si partimos de esto podremos ver de verdad cuál es la verdadera realidad de nuestro “yo”, cuáles son los factores que constituyen nuestra persona. Y esto sucede solo si nos comprometemos; dice don Giussani que los factores que constituyen al ser humano se perciben allí donde están comprometidos con la acción, de otro modo no se perciben. Y añade: «La condición para poder [de nuevo esta palabra] sorprender en nosotros la existencia y la naturaleza de ese factor clave, de soporte, decisivo, que es el sentido religioso, es el compromiso con la vida entera». No con lo que decidimos nosotros: ¡con la vida entera! Entonces, si es así, se entiende que el cuarto capítulo empiece diciendo que el verdadero problema no es el de tener una inteligencia especial, sino que es un problema de atención: sorprender en acción los factores constitutivos del “yo”.

Por eso, el trabajo que tenemos que hacer para la próxima escuela es vivir con atención para sorprendernos en acción, intentando responder a esta pregunta: ¿Qué he descubierto en mí al sorprenderme en acción? Porque así saldrá a la luz la necesidad verdadera que nos pondrá delante de Su presencia para que le reconozcamos con facilidad, con pobreza de espíritu.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 6 de abril a las 21.30 sobre el cuarto capítulo de «El sentido religioso: punto de partida». Os pido que enviéis las preguntas y las intervenciones antes del domingo previo a la Escuela, así podremos usarlas.

El Manifiesto de Pascua estará disponible en los próximos días. Me parece que con esto hemos introducido un trabajo que puede ser decisivo para los próximos tiempos; nada parece ser más apropiado para el momento histórico que vivimos. No es un mensaje para uso interno; es también el juicio sobre nosotros y sobre el mundo, porque ante el tsunami, ¿qué otra cosa podemos ofrecer, que no sea impresentable, mas que decir que Cristo ha resucitado? ¿Qué puede mantenerse en pie ante de una situación así? No tenemos nada más adecuado que decir, que ofrecer a nosotros mismos y a nuestros amigos que el Manifiesto, su contenido.

Gloria
Veni Sancte Spiritus